

la comunión bajo las dos especies; que se les permitiese predicar en todas partes sin orden ni licencia de los obispos; que se despojase al clero de sus posesiones temporales, y especialmente de sus señoríos; en fin, que se esterminase todo pecado mortal en todos los estados y condiciones por medio de una reforma seria y eficaz: cuarta proposición muy edificante en la apariencia, pero sospechosa con sobrado motivo en boca de todo novador, y manifestamente subversiva en los que enseñaban que el pecado quitaba á los ministros sagrados toda la virtud de su ministerio. También tuvieron la osadía de celebrar, gobernando el apóstata Conrado, una asamblea á que dieron el título de santo concilio, y publicaron que se había reunido por orden de los barones, de los nobles y de las ciudades de Bohemia y de Moravia, de las cuales presidieron en ella cuatro magistrados. En una serie de veintidos artículos, muchos de los cuales dan testimonio de la santidad y perpetuidad de la fé católica, en especial acerca del Sacramento de la Eucaristía, del sacrificio de la misa, de la confesión auricular y de las diferentes unciones sacramentales, mezclaron otros muchos opuestos á la doctrina de la Iglesia y á muchas de sus santas prácticas, diciendo descaradamente que las habían abandonado por justas causas: cuyo motivo se suscitó una disensión muy reñida entre los sectarios de Praga y los del Tabor, conviniendo los primeros con la Iglesia, escepto en la participación del cáliz, de donde les vino el nombre de calistinos, y trastornando los otros, á ejemplo de los wiclefistas, casi toda la doctrina de la Iglesia empeñados además en abolir todos los ritos sin ninguna escepción. Fué tan vivo y obstinado el acaloramiento en los dos partidos, que las varias juntas celebradas para convencerse ó confundirse respectivamente no fueron capaces de sofocar la discordia. El

mismo espíritu de orgullo y de división que había dado origen á estas sectas, fué, como se verá despues, el instrumento de su ruina.

Uno de los mas ardientes botafuegos era un desertor sacrilego del orden de premonstratenses, llamado Juan, hombre inquieto, de una audacia desenfrenada, de una descarada insolencia, en una palabra, preparado por la apostasia á todo género de excesos y maldades. Por consejo suyo, tomaron los hereges el sistema de llevar diariamente la Eucaristía bajo la especie del vino por todas sus iglesias; pero aumentado su orgullo por el ascendiente que adquirió en el partido, se hizo insufrible á sus mismos partidarios, ó á lo menos á los que conservaban todavía algun rastro de vergüenza y de subordinación. Pretestando los consules de Praga que tenían que tratar con él asuntos de la mayor importancia, le llamaron al pretorio con nueve cómplices de sus furiosos y de sus sugestiones violentas, y luego que se presentó, dieron orden para que se le degollase, como se ejecutó puntualmente: nuevas reliquias para los fanáticos, no menos sangrientas que las de Juan Hus (1), siendo las primeras víctimas que les fueron inmoladas los mismos magistrados que habían dispuesto aquel castigo.

Subió de punto la división despues de la muerte de Ziska, que era su gefe y su ídolo (1424). Se suscitaron dos nuevos caudillos que dieron origen á dos facciones aun entre los mismos taboritas. Un aventurero llamado Procopio, y por mote el Rapado, porque despues de muchas correrías por Francia, España, Italia y aun por Palestina, había recibido la tonsura clerical con el orden del sacerdocio, se puso al frente de las primeras filas que conservaron el nombre de taboritas. Por una serie de hazañas, ó mejor decir, de atrocidades ca-

(1) *En. Sylv. Hist. Boh. e. 44.*

paces de borrar hasta la idea de su sacerdocio, obtuvo de los bandidos, á quienes servia de guía y de modelo, el título de héroe y de grande. No hallando los demas bandidos una persona digna de heredar el poder de Ziska, tomaron el nombre de huérfanos; y para la administración de los negocios públicos, esto es, para los robos y asesinatos, se contentaron con elegir consejeros, entre los cuales fué el principal otro Procopio, llamado el Pequeño. Quedaba aun otra facción, á saber, los orebitas, que como ya hemos visto, estaban desavenidos con los de Tabor. Eligieron estos por gefe á otro clérigo libertino llamado Bedric, que contraviendo á lo que prescribe la Religión católica, se casó públicamente. Tales eran en la práctica estos rigoristas impostores que protestaban no tener otro objeto que esterminar de la sociedad cristiana los desórdenes y la relajación. Estos tres partidos de hombres furiosos se hacían la guerra separadamente, y muchas veces unos contra otros; pero siempre unían sus fuerzas y su rabia cuando se trataba de derramar la sangre católica.

Desde Bohemia llevaron sus desolaciones hasta la Silesia, y esparciéndose desde allí con tres ejércitos por Hungría, Polonia y Austria, compitieron unos con otros en cometer atrocidades enteramente nuevas, y sacrilegios tan multiplicados como inauditos contra las cosas y las personas consagradas á Dios; horrores que se aumentaron, si acaso eran ya capaces de recibir aumento, con todos los accesorios de la impiedad y de la perversidad, con negarse á toda compasión, con burlarse y hacer alarde del crimen. La crueldad mas refinada les causaba la mayor complacencia, y era su diversión mas frecuente y favorita. Sus sacerdotes y sus devotos, sepulcros grandemente blanqueados por fuera, estaban inficionados en lo interior con todo género de corrupción y maldad.

Juan Przibram, eclesiástico instruido, que había abrazado su secta sin conocerla á fondo, logró adquirir una noticia exacta de ella por medio del grande influjo que tuvo en todos sus asuntos, y habiéndola abandonado con horror, describió de este modo á sus sacerdotes en particular (1). «Mirado esteriormente un sacerdote del Tabor, dice en el libro en que consignó su abjuración, es la imagen de la piedad y de la benignidad evangélica; pero en lo interior no hay mas que designios tiránicos, violencia opresiva, profanación, impiedad, desprecio de la humanidad y de la Religión. Es afable y benéfico en la apariencia; pero en la realidad solo respira sangre y carnicería: parece pacífico y sumiso, se postra á los pies de todos, y se levanta interiormente sobre todo el mundo: no reverencia ni conoce potestad alguna: no quiere ningun gefe, ningun superior, y cree exceder en grandeza y en mérito á todos aquellos á quienes excede en amor propio y en presunción: huye de los sábios, y se mezcla en todo: restablece lo que está en orden, vuelve á hacer lo que está concluido, juzga á los que deben juzgarle, hace que preceda la preocupación al juicio, y careciendo de freno, de discernimiento, de toda guía que no sea la precipitación y la imprudencia, atropella indistintamente todas las leyes divinas y humanas.» Przibram declamó con particular vehemencia contra el sacerdote apóstata Procopio el Rapado, gefe principal de los taboritas, y contra su pretendido obispo Nicolás de Pelhisimon, los cuales hicieron por mucho tiempo grandes esfuerzos para volver á atraerle á su partido, lo que solo sirvió para llenarlos de oprobio, dándole ocasión de referir las enormes blasfemias que vomitaban contra nuestros dogmas mas sagrados, y especialmente contra el misterio

(1) *Krantz, Hist. l. 11, c. 17 et 20.*

adorable de nuestros altares, sin embargo de que fingian conservarle (1).

La Francia, mas religiosa que jamás lo habian sido todos aquellos países semi-cristianos del Norte, y siempre invariablemente adicta á la fé pura que ellos desfiguraban de un modo tan horrible, no gozaba á pesar de esto de una suerte mucho mas feliz. Su rey, escluido del trono de sus padres y desterrado del centro de sus Estados, se habia retirado á las regiones meridionales del reino, donde no tanto parecia un monarca, cuanto un proscrito fugitivo. Fué perseguido de los ingleses, con los cuales hicieron causa comun los bretones y los borgoñones. El rey Carlos se vió agoviado por todas partes: fueron derrotados sus pequeños ejércitos en casi todos los encuentros: perdió la mayor parte de sus plazas, con los equipajes, municiones y el poco dinero que le quedaba para pagar la tropa, y se le redujo á tal estado de desnudez y degradacion, que sus vencedores insolentes le llamaban por mofa el rey de Bourges.

Hubiera perecido la monarquía francesa, ó á lo menos aquella série no interrumpida de soberanos indigenas, la mas dilatada, la mas augusta y la mas religiosa del universo, si el cielo, por medio de una reunion de cosas y de circunstancias que no pudo menos de calificarse de prodigio, no hubiese sostenido visiblemente un imperio, desde tanto tiempo antes llamado por escelencia el reino de los cristianos y digno todavía de servir de modelo á las demas naciones cristianas. Orleans, que por decirlo asi, era el quicio sobre que giraban entonces todos los destinos de la constitucion francesa, estaba ya acometida y fuertemente estrechada (1428), y su ruina llevaria en pos de sí la del trono del quincuagésimo sucesor de Clodoveo. El duque de Alen-

(1) Cochl. Hist. Russ. l. 6.

zon, el famoso conde de Dunois, La-Fayette, La-Hire, Saintrailles, nombres eternamente preciosos para la Francia, y otros guerreros asociados á su heroismo y á su fama, lejos de poder libertar la plaza, apenas bastaban para sostener el valor asombrado del rey, que solo hablaba de refugiarse en las estrechidades del reino, huyendo á los desfiladeros de las montañas. Estaba dispuesto en los decretos eternos que en aquella ocasion no se libertaria la Francia por los esfuerzos de los héroes.

Pero á cien leguas del tumulto de las armas, en la oscuridad pacífica de la vida campestre, el ángel tutelar de la monarquía francesa preparaba una heroína de un orden tan nuevo, que apenas pudo ella persuadirse á sí misma la maravilla de su destino. Juana del Arco, hija de unos padres sencillos y temerosos de Dios, natural de la aldea de Domremi, cerca de Vaucouleurs en las fronteras de la Champaña y Lorena, y ocupada desde su infancia en guardar el rebaño ó en asear la cabaña de su padre, tuvo á los diez y siete años de edad un sueño en que se le apareció el arcángel San Miguel rodeado de una luz brillante, y la mandó en nombre del Señor que tomase las armas, que fuese á libertar á Orleans, é hiciese que Carlos VII fuese consagrado en Reims. Juana, á pesar de su corta edad, tenia la firmeza de ánimo que acompaña ordinariamente á la del valor; y era tan poco inclinada á la credulidad, que al despertar miró con desprecio su sueño; pero habiendo tenido la misma aparicion tres ó cuatro noches seguidas, dió cuenta de ello á sus padres, los cuales la presentaron al gobernador de Vaucouleurs. Este oficial, llamado Baudricourt, no pudo menos de reirse á la primera noticia que le dió una aldeana joven, de que Dios queria valerse de ella para arrojar de Francia á los ingleses. Admirado no obstante de sus pocos años, de su presencia, de la nobleza que mostraba

en todas sus acciones, de su firmeza y de su facilidad en esplicarse, la estuvo oyendo mucho tiempo, y no supo qué partido tomar al ver que discurría con inteligencia y con un juicio esquisito acerca de cualquier asunto. Hablaba de la Religion como un teólogo consumado, y de la guerra como general de ejército. Pero lo que mas aumentó la incertidumbre de Baudricourt fué el decirle esta asombrosa doncella en tono de inspirada: «Sabad que en el momento en que os estoy hablando, son derrotados los franceses cerca de Orleans; y si no me enviáis al rey, les sucederán aun mayores desgracias.» Ocho ó diez dias despues supo Baudricourt la verdad de esta prediccion. Habian acometido los franceses un gran convoy en que habia trescientos carros cargados de arenques, que llevaban los ingleses á sus compatriotas que sitiaban á Orleans, y los agresores fueron completamente derrotados. Dióse á esta expedicion el nombre de *batalla de los arenques*, pues el cerco de Orleans se puso durante la Cuaresma, la cual observaban religiosamente las tropas, del mismo modo que los demas fieles (1429).

Luego que vió Baudricourt que la Pucella (doncella) habia profetizado, la miró como una persona enviada de Dios, la dió caballos y armas, é hizo que la presentasen al rey acompañada de dos caballeros, con los cuales quiso ella que fuesen tambien sus dos hermanos. Se hallaba entonces Carlos VII en Chinon, ciudad de la Turena, mas desalentado que nunca, desconfiando de Orleans y casi de su corona. Se le dió aviso de la llegada de la Pucella y mandó que la introdujesen en su cuarto, en medio de un gran número de caballeros jóvenes, cuidando de que la mayor parte de ellos tuviesen vestidos mas preciosos que los del mismo rey. Pero no se equivocó la heroína, antes bien marchó en derechura al monar-

ca, y le saludó con una serenidad modesta. Queriendo Carlos dar mayor fuerza á la ficcion, dijo que él no era el rey. «Mírale ahí», añadió, señalando con la mano á un cortesano muy galan. Sonrióse la Pucella, y dijo: «sé á quién tengo la honra de hablar, y conocia á mi soberano antes de verle.» Le habló con tanto ingenio, gracia y dignidad, que toda la corte creyó ver en ella alguna cosa sobrehumana. Prometió en términos formales que libertaria á Orleans y haria que el rey fuese consagrado en Reims. Para que se la diese entero crédito, le recordó en presencia de su confesor, del duque de Alençon y del prudente Cristóbal de Harcourt, secretos que jamás habia comunicado á nadie. «¿Os acordais, señor (le dijo), de que el dia de Todos Santos pedisteis dos cosas á Dios en el acto de comulgar, una que os quitase el deseo y el poder de hacer la guerra, si no érais el heredero legítimo del reino, y otra que descargase sobre vos toda su ira mas bien que sobre vuestros pueblos?» Desde entonces se mostró el rey persuadido de la divina mision de la Pucella, y solo trató de los medios de convencer á los demás.

Hizo que la examinasen en su corte el obispo de Chartres que era su confesor, el caballero de Harcourt, muy célebre por su prudencia, y otras muchas personas instruidas; despues de lo cual la llevaron á Poitiers, donde fué preguntada por el parlamento y por la porcion mas sana de los doctores de Paris que habian ido á establecerse allí. Entre otros interrogatorios, sufrió uno de mas de dos horas, en que la hablaron los doctores sucesivamente, y la pintaron con viveza los riesgos á que se esponia. Un fraile carmelita, doctor severo y desapacible, segun el retrato que de él hace un historiador contemporáneo, la intimó con aspereza que no se la daria crédito si no mostraba alguna señal que persuadiese la verdad de

sus palabras: á lo que respondió que no quería tentar al Señor; que la señal decretada por el cielo era levantar el sitio de Orleans y consagrar al rey en Reims; que la siguiesen y verían: con cuyo motivo otro doctor del orden de Santo Domingo la hizo el argumento de que, si la libertad de Orleans habia de ser obra de Dios, no era necesaria la tropa que pedía. «Muy poca es la que pido, replicó ella; basta que se intente el combate, y Dios dará la victoria.» En fin, el resultado de todos los exámenes fué que, por mas estrañas que pareciesen las promesas de la Pucella, debía el rey aceptarlas con confianza y poner los medios para realizarlas.

Se la armó de punta en blanco, vestida de hombre, como habia ido desde su país, y con el pelo cortado. La dieron un caballo y le manejó inmediatamente como pudiera hacerlo el mejor ginete. Quiso darla el rey una espada, pero dijo en tono profético que habia una en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois en Turena, y que en aquella arma fatal, adornada con cinco cruces y tres flores de lis, estaban cifradas sus victorias contra los ingleses. Hallóse la espada en el lugar indicado por ella, y luego que se la entregaron la desenvainó como para probarla, y á pesar de lo enorme que era, la manejó á vista de todos con una celeridad, satisfaccion y confianza que fué un presagio de su próximo triunfo. Luego que se vió armada como quería, se despidió del monarca y fué á incorporarse en Blois con las tropas preparadas para la expedicion de Orleans. Habia dado el diseño de una bandera blanca, sembrada de flores de lis de oro, en medio de las cuales estaba representado el Omnipotente con el globo del mundo en la mano. Se bendijo la bandera segun las ceremonias que acostumbra la Iglesia; después de lo cual llamó la Pucella á los generales, y estando todos juntos les exigió la palabra de que echarian

del ejército todas las mugeres públicas, las que siempre le fueron aborrecibles, y tomarian con sus soldados todas las disposiciones capaces de atraer las bendiciones del cielo, esmerándose con especialidad en hacer que se confesasen y comulgasen, cuyo ejemplo les dió ella la primera.

Ejecutadas á su gusto todas estas cosas, se puso al frente de las tropas y se acercó á Orleans. Ya estaba allí el conde de Dunois, el cual hizo una salida para facilitar el socorro, y entró en la plaza la Pucella casi sin pelear. Luego que se hizo cargo de su estado y de las trincheras, hizo unas salidas terribles y repetidas sin interrupcion, acometió y se apoderó palmo á palmo de las obras de los sitiadores. Siempre era la primera que embestia, y acostumbraba decir á los soldados: *nuestros son, nuestros son; el Señor está por nosotros.* En uno de estos ataques recibió un flechazo que la hirió en la espalda, y viéndola ensangrentada el conde de Dunois, quiso que se retirase. «No, no, le dijo ella; por un poco de sangre que me cuesta no se me han de escapar:» y cargando mas y mas al enemigo, subió á sus atrincheramientos y plantó en ellos su bandera por su propia mano. Los franceses dieron mil gritos de alegría y de triunfo, arrollaron por todas partes á los sitiadores é hicieron en ellos una horrible carnicería. Al dia siguiente abandonaron los ingleses los demás fuertes que les quedaban, y levantaron el sitio en 18 de mayo de 1429, en cuyo dia establecieron los de Orleans una fiesta para celebrar, como celebran aun todos los años, la maravilla de su libertad.

Habiendo cumplido así la Pucella la primera parte de su oferta, volvió á buscar al rey y le dijo: «Príncipe, ahora es necesario que vayais á consagraros á Reims.» Sin embargo del mucho ascendiente que la Pucella habia adquirido con sus grandes hazañas

pareció estravagante al Consejo esta proposicion; y á la verdad no podemos menos de confesar que apenas se podia juzgar de otro modo atendidas las reglas ordinarias de la prudencia, puesto que los ingleses conservaban todavia una infinidad de plazas en el país donde se hallaba; tenían en todas las provincias tropas infinitamente mas numerosas que las del rey Carlos, y en la Champagne eran dueños de Reims, de Troyes, de Chalons y de casi todas las ciudades. A estas objeciones no dió la Pucella mas respuesta que decir: «Señor, vamos á Reims: de parte de Dios os prometo restableceros en aquella ciudad, y hacer que se os confiera allí la uncion de los reyes vuestros padres.» La seguridad con que hablaba inspiró la mayor confianza aun á los mas apocados, y ya no se trató de deliberar mas.

No habia tardado su nombre en volar hasta el centro de las provincias que habian de recorrer; pero su prudencia quiso asegurarse desde luego de los países vecinos. La ciudad de Gergeau cayó en su poder, como de paso; y para apoderarse de Beaugenci mandó dar la batalla de Patai, en la que parecia que los generales estaban únicamente encargados de la egecucion de sus órdenes. Siempre estaba al frente de la primera fila con su bandera temida, y á cada movimiento iban los capitanes mas hábiles á preguntarla lo que habian de hacer. Fueron derrotados los ingleses y quedó prisionero su general, el célebre Talbot. Se volvió al sitio, y se rindió Beaugenci sin oponer resistencia; de modo que los enemigos del imperio francés, tan orgullosos poco tiempo antes, conocieron finalmente que peleaba el cielo por su conservacion. Parecia que la arrogancia británica, exaltada en tanto grado por los favores de la fortuna, y que el duque de Borgoña, tan empeñado en su venganza, temian luchar contra la Omnipotencia divina, ó que esta les tenia ata-

das las manos. Tanto habia variado la suerte de los combates una jóven doncella convertida de repente en general del ejército!

Persuadidos por otra parte los franceses de que el cielo se declaraba á favor de Carlos VII, despertaron del letargo en que yacian y corrieron por todas partes á las armas. La nobleza, armada á sus propias espensas, acudia de todas las provincias y aumentaba de dia en dia el ejército Real. El mismo condestable de Richemont, Arturo de Bretaña, sin embargo de que el duque su hermano estaba coligado con los ingleses, y que él no estaba bien quisto con el rey, fué personalmente á ponerse á sus órdenes con mil dcientos caballeros. Movida la Pucella de las sugestiones de Carlos, á quien era sospechoso el condestable, montó desde luego á caballo al frente de toda la caballería, con el designio de observarle y de acometerle en caso necesario; pero apenas descubrió la rectitud de intencion de aquel héroe generoso, saltó del caballo y fué á saludarle con las demostraciones mas honorificas. Se apeó igualmente el condestable y la dijo: «Juana, me habian dicho que querias pelear contra mí: yo no sé si eres ó no eres enviada de Dios: si lo eres verdaderamente, nada tengo que temer, porque sabe Dios mi buena voluntad; y si vienes de parte del infirno, aun te temo menos.» Conviene referir con exactitud este incidente; pues aunque es poco considerable en sí mismo, importa mucho para confundir á los detractores de la Pucella y del nombre francés. Hizo la heroína los mayores esfuerzos, pero inútilmente, para que el rey se reconciliase con el condestable. Sin embargo, Arturo continuó siendo fiel á su soberano, y en cierto modo sirviéndole á pesar suyo, y habiendo entrado en Normandia, se apoderó de un gran número de plazas que tenían allí los ingleses.

Por último, se encaminó el rey á Bor-